

EL GRAN SALTO DE EL VIEJO PANCHO DEL MESTER DE CLERECIA AL DE JUGLARIA

ERA en Montevideo, en 1915. Tenía yo entonces veinte años que reventaban en versos, sueños, ingenuidad y pureza.

No sé cómo amisté con Manuel Pérez y Curis, escritor agresivo, de hiriente sinceridad, pero profundamente bueno.

Dicha amistad me abrió las puertas de las tertulias de la Librería Renacimiento, donde se reunían todas las tardes algunos hombres de letras.

Pérez y Curis, que era el dueño de casa, me presentó un día a don José Alonso y Trelles (El Viejo Pancho).

Alto, vigoroso, de mirada dulce, sonrisa amable y palabra castiza y fácil, aquel hombre de más de cincuenta años tenía simpatía hasta para regalar.

Hablamos —¿se sorprenderá algún lector?— de literatura clásica. De los autores del Siglo de Oro español, que El Viejo Pancho conocía muy bien.

Si hay por ahí quien crea que nuestro máximo poeta gauchesco era un simple gallego acriollado, superficialmente culto, sin lecturas, se equivoca.

Me demostró más de una vez, en el transcurso de nuestra larga amistad, que había leído y leído mucho. Vivía en permanente inquietud de espíritu.

Lo encontré otro día en la esquina de Misiones y Sarandí. Me invitó a tomar un café.

Mientras bebíamos, El Viejo Pancho me habló de "Paja Brava", cuya primera edición estaba próxima a salir.

—No conocía sus versos, —le dije. —Ayer leí algunos en lo de Pérez y Curis. Me gustan mucho.

—¡Usted también, —exclamó. —Y se quedó mirándome fijamente. Luego me dijo:

—Le confieso que no me halaga mucho este éxito. Es decir, no me halaga tanto como podría suponerse. Publicare mi libro, más por exigencias de los amigos que por deseo propio. No, no me cica modesto. Empecé a escribir versos criollos por broma. Y gustaron. En cambio, todo lo que he escrito, y escribo aún, seriamente, con intención de crearme una reputación literaria, ha pasado y pasa inadvertido.

—¡Ah! ¿Usted escribe también en estilo culto?

—Muchísimo. Versos, artículos, obritas de teatro... Pero, por lo visto, tendré que resignarme a ser un gallego que escribe en criollo. A veces recuerdo a Lope de Vega: "Porque como las paga el vulgo, es justo — hablarle en necio para darle gusto".

—No olvide usted que, según Rodó, este es un público que no paga.

—No paga en dinero contante, pero sí en aplausos más o menos halagado-

res. Que es otra manera de pagar.

—Ni es hablar en necio lo que usted hace...

—Lo sé. Ni soy Lope. Ni quiero decir que el público tenga mal gusto. Señalo una remota analogía de situaciones. Nada más.

—Acaso termine usted, como Lope, dándole la razón al público.

—Tal vez. Me parece un poco injusto, eso sí, lo que pasa. Convenga usted en que no falta motivo. Del mester de clerecía me hacen saltar, sin yo quererlo, al de juglaría.

El 22 de abril de 1918 nos encontramos en Florida. Yo era redactor de "El Diario" de la citada ciudad. El Viejo Pancho había ido a Florida por asuntos de su profesión de procurador.

Charlamos. Me reprochó mi falta de disciplina literaria.

"Malgasta su tiempo en una obra fragmentaria, sin unidad, casi sin aliento", me dijo.

Era verdad. No supe qué responderle. La conversación recayó luego sobre "Paja Brava", cuya segunda edición estaba en prensa.

—¿Sabe una cosa? Me empiezan a gustar esos versos que antes miraba con cierta indiferencia. No todos, naturalmente. Creo que "La Güeya" es lo mejor que he hecho. Creo también —pese al generoso entusiasmo de muchos— que sólo ocho o diez de mis composiciones vivirán algunos años. El resto se lo llevará el viento.

—¿Sigue lamentando que no lo hayan dejado ser un poeta del mester de clerecía?

—Menos que antes, pero todavía lo lamento.

—Y ese amor desgraciado que usted canta, ¿tiene algo de real?

—¿No es usted poeta? ¿Ignora que los hijos de Apolo tenemos el divino privilegio de vivir muchas vidas? Varios me han hecho esa pregunta. Nada hay de cierto en ese amor infeliz. Lo inventé. Lo necesitaba. Porque yo, por mas gaucho que se me crea, soy bastante romántico.

Me despedí de él después de haberle solicitado autorización para publicar en "El Diario" —como lo hice al día siguiente— algunas de sus palabras.

—Publique lo que quiera, menos eso del mester de clerecía. Es un secreto que no quiero revelar al público. Se reiría de mí.

En 1920 dirigía yo la página literaria del diario "El Telégrafo", de Paysandú. Solicité y obtuve la colaboración de El Viejo Pancho.



Su primer envío fué una composición en verso titulada "Nostálgicas" (publicada en la edición del 29 de mayo de dicho año), cuya primera estrofa decía así:

**Blanca nube que en alas del euro
vas llegando a la orilla del mar,
ve y recoge en las playas remotas
suspiros que un alma por mí ha de lanzar**

En la carta que acompañaba a los versos me decía (la he perdido, cito de memoria) lo siguiente: "como usted ve, no olvido del todo el mester de clerecía. Veremos si ahí, en el litoral, tengo más suerte que aquí".

No la tuvo. Algunos buenos lectores sanduceros me preguntaron:

—El autor de esa poesía es el mismo de "Paja Brava"?

Y se quedaron sorprendidos cuando les dije que sí.

No era para menos.

Nos encontramos nuevamente en febrero de 1923, en Montevideo.

Ya había salido, creo, la tercera edición de "Paja Brava".

—¿Sigue escribiendo? —le pregunté.

—Poco, hijo mío. Estoy sintiéndome viejo. Ya no sueño ser un poeta culto. ¿Se acuerda del mester de clerecía? El público tenía razón. He dado el gran salto. Nací en Galicia para ser un cantor del campo uruguayo.

—Su reputación literaria está hecna. No se le discute.

—Usted viene de lejos. Ignora muchas cosas. No sabe que se me empieza a reprochar ese amor quejumbroso, romántico, que he puesto en muchos de mis versos. Tal vez no esté bien, tratándose de un gaucho. Pero... ¿es el resto de romanticismo que queda en mí? Me duele que quieran quitármelo.

—¡Feliz de usted que llegó, amigo Trelles!

—Un poco tarde, a tropezones... tal vez para irme pronto.

Y nos dimos la mano por última vez.

Manuel BENAVENTE.



Cutis, antes marchitos y defectuosos, lucen ahora tersura sin igual gracias a la **CREMA DE MIEL Y ALMENDRAS HINDS**

¡cuanto más esplendoroso lucirá con ella el cutis normal! Pruebela.

Es la crema protectora que a la vez embellece. "Y los encantos que otorga — con esplendor los conserva".

No acepte sustitutos. Exija siempre Hinds.

La Güeya

POR EL VIEJO PANCHO

Pulpero, eche caña,
caña de la güena,
yene hasta los topes ese vaso grande
no ande con miseria.

Tengo como un juego
la boca de seca
y en el tragadero tengo como un nudo
que me áhuga y me apreta.

Deme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
no me dicen algo que me dé coraje
pa echar esto ajueral...

Hoy de madrugada
yegué a mis taperas,
y oservé en el pasto, mojado po'el sereno
yo no sé qué güeyas...

Tal vez de algún perro;
pero ¡de ande yerbal!
si al lao de mi rancho no tengo chiquero
ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
la encontré despierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
pa que usté lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra.

Con ella mi rancho
ni al cielo envidia...
pero eche otro vaso pa ver si me olvido
que he visto una güeya...